

## “Funes el memorioso”: una reflexión sobre la construcción de la memoria social

Ilona C. Aczel

Facultad de Filosofía y Letras, UBA

### Resumen

En general, tiende a analizarse el texto “Funes el memorioso” de Jorge Luis Borges como un relato sobre la memoria o sobre el insomnio. Siendo, sin duda, una reflexión sobre ambos, el texto en su forma ofrece, a partir de una serie de referencias temporales fallidas, una lectura menos transitada que propone una discusión y una crítica sobre la construcción y transmisión de conocimiento entre fines del siglo XIX y principios del XX. Esta ponencia se propone poner en paralelo esta reflexión de Borges con el problema de la producción y transmisión de conocimiento en la universidad pública argentina en el año del bicentenario, tomando como bibliografía central textos monográficos que realizaron sobre este cuento algunos alumnos de mi práctico de la materia Teoría y Análisis Literario C, durante la cursada en el primer cuatrimestre de 2010, a partir de una serie de consignas y discusiones que se fueron desarrollando en el aula.

Se suele pensar en Funes como “lo otro” de la razón, de la posibilidad misma de pensar. En el cuento de Borges, aparece ligado al pasado, a la memoria, a la muerte, a la extranjería, no al presente, a la acción, la vida y la patria. Sofía Lunazzi en su trabajo “‘Funes el memorioso’: el recuerdo como recorte de la realidad” señala la relación entre memoria y razón que construye el narrador y protagonista del texto:

Con esta memoria infalible, Funes aprendió varios idiomas, desarrolló enteramente un sistema nuevo de numeración. Y, sin embargo, el narrador sospecha que “el memorioso” no puede pensar, ya que él define pensar como “olvidar diferencias, es generalizar, abstraer. En el abarrotado mundo de Funes no había sino detalles, casi inmediatos”.

De esta manera, el narrador da a entender que Funes recuerda, pero no piensa, no razona. (...) Funes recuerda, es memorioso, tiene una percepción infalible. Pero solo eso. (...) Como ser que no razona, en el cuento Funes está asociado a la oscuridad (tal vez en contraposición con la idea iluminista de la razón como luz). (Lunazzi, 2010: 4)

En las conclusiones, Lunazzi relaciona escritura y memoria, develando el ejercicio mnemotécnico habitual como un recorte necesario y siempre parcial. Como “recordar implica parcialidad” expone desde el principio la ambigüedad que tiene el narrador hacia Funes: parece admirarlo pero esa admiración se confunde con “desprecio” o “falsa humildad”. Aparece, entonces, la falibilidad y la parcialidad de la memoria del narrador, como representación de una memoria media, normal, en contraposición con la de Funes. De esta manera, explicita que la memoria aparece no solo como tema sino como la posibilidad misma del dispositivo narrativo: “La lectura del relato nos guía hacia un interrogante: ¿qué es recordar? La memoria como tópico está presente en la forma del cuento: en él, el narrador narra sus *recuerdos* sobre los *recuerdos* de Funes” (Lunazzi, 2010: 6). En este sentido, Franco Ciancaglini en su texto “Contradicciones, límites y tensiones entre Historia y opinión: la construcción de los personajes como herramienta para disparar percepciones” profundizará y ampliará esta parcialidad de la percepción, mostrando la manera en la que el cuento de Borges deposita en la construcción de los personajes los rasgos de una batalla que aparece silenciada pero denotada:

“Funes el memorioso”, además de su sobrevuelo filosófico, hilvana de manera ficticia tensiones culturales evidenciadas en las dicotomías literatos-compadritos, cronista-protagonista, memoria-pensamiento racional. El narrador irá tejiendo el perfil de Funes y el suyo propio al ritmo de minuciosas descripciones que serán el alimento del relato. ‘Funes el memorioso’ intenta repensar la cuestión del punto de vista, sus límites perceptivos, su subjetividad. La irrealidad del relato, su argumento extraordinario, parodia la esencia de los libros recopilatorios, razón de ser del cuento de Borges. Las inobjetables capacidades de Ireneo Funes quedan, a la luz del narrador, reducidas a adjetivos cuasi despectivos. Sin embargo, en la linealidad del relato, Borges mostrará lo contrario: realza la figura de Funes. Mientras no adjetiva ni describe, las crónicas de sus encuentros moldearán un Funes capaz de aprender latín en pocos días, por ejemplo. (Ciancaglini, 2010: 1)

La forma de “Funes el memorioso” es la de un artículo que le es solicitado al narrador para formar parte de una recopilación de testimonios de todos aquellos que conocieron a Funes.<sup>1</sup> El narrador a lo largo del cuento explicita no solo que “Más de tres veces no lo vi” sino que el último encuentro ocurrió “hace ya medio siglo”. Estas aclaraciones ponen al descubierto que los testimonios de la recopilación difícilmente incluyan a “*todos* aquellos que conocieron a Funes” ya que es imposible incluir o definir esa cantidad de testimonios y menos incluirlos en un libro y que, además, debe haber habido mucha más gente que lo conozca mejor que el narrador. Incluso Ciancaglini nos recuerda que de las tres veces que el narrador declara haberlo visto, solo dos son encuentros verdaderos mientras que el tercero es un mero intercambio de cartas. De esta manera aparecerá la pregunta de quiénes se incluyen, efectivamente, en la recopilación y quién lo realiza y por qué.

Aunque el texto no da respuestas precisas, deja una pista: el único nombre que aparece sobre los autores de los textos de la futura compilación es Pedro Leandro Ipuche, poeta ultraísta uruguayo admirado por Borges, o sea, otro intelectual o personaje de la cultura. Ciancaglini expone cómo a la hora de construir este “perfil”, “homenaje”, “retrato” o, por qué no, “caso”, se producen tensiones al interior de esa representación:

Pedro Leandro Ipuche ha escrito que Funes era un precursor de los superhombres, “un Zarathustra cimarrón y vernáculo”; no lo discuto, pero no hay que olvidar que era también un compadrito de Fray Bentos, con ciertas incurables limitaciones’. Esta frase, atribuida a Pedro Leandro Ipuche, poeta uruguayo nacido en 1889 (...) demuestra claramente la diferencia entre la opinión del narrador del cuento y la de aquellos otros llamados a escribir sobre Funes. ¿Puede un compadrito de Fray Bentos ser un superhombre, un Zarathustra? El narrador dirá que no, y la marca (de que es compadrito, de que es uruguayo) acompañará a Funes durante todo el relato.

El narrador se construye a sí mismo en la voz de Funes: “*Literato, cajetilla, porteño*; Funes no dijo esas injuriosas palabras, pero de un modo suficiente me consta que yo representaba para él esas desventuras”. Es argentino, “literato” y escribe a pedido testimoniando su encuentro con Funes: eso es lo que sabemos de él. (Ciancaglini, 2010: 2)

En la proyección de su propia voz en el otro, el narrador permite ver una enemistad constitutiva y velada, el mecanismo mismo de la construcción del otro a partir del prejuicio, el desprecio y la injuria. Una enemistad que, posiblemente, corra por su propia cuenta ya que la voz de Funes no aparece más que mediada –en su mayoría parafraseada y solo citada en escasos momentos por el narrador–. Lo interesante es recordar que esta semblanza prejuiciosa de Funes trascenderá el presente de ambos personajes, pasará a la memoria colectiva a partir de la publicación del libro.

---

1 “Me parece muy feliz el proyecto de que todos aquellos que lo trataron escriban sobre él; mi testimonio será acaso el más breve y sin duda el más pobre, pero no el menos imparcial del volumen que editarán ustedes.” (Borges, 1987: 107)

La imparcialidad, entonces, no será más que enunciada por el narrador como intención. Ciancaglini explicitará el procedimiento:

(El narrador) Seguirá describiendo a Funes como campesino, como gaucho, de “cara taciturna y aindiada”, “de voz pausada, resentida y nasal del orillero antiguo”. (...) irá construyendo una determinada imagen de Funes a fin de orientar percepciones, opiniones. Puede decirse que es ese el proceso inconsciente –o no– que caracteriza la subjetividad de los relatos históricos que rompe con la ilusión de fidelidad. Borges estira hasta el máximo el juego de diferencias entre dichos y hechos. (Ciancaglini, 2010: 2)

El narrador construirá rasgos en el personaje de Funes para orientar las percepciones que tenemos de él, pero de esta manera terminará exhibiéndose, principalmente, él mismo. El relato nos muestra el dispositivo central de todo recuerdo que nunca es más que una narración parcial: aunque trate de ponerme en la posición del otro, siempre entiendo y, por lo tanto, explico al mundo desde mis propios valores y creencias. Pero, además, el texto expondrá desde el principio una desigualdad entre los personajes que es la que parece tratar de sortear el narrador con su discurso ambiguo, mezcla de admiración, desprecio y falsa humildad. Valeria Novais en su trabajo “La memoria: verdad y representación” expone:

Podemos observar que desde el comienzo del relato, (el narrador) repite nueve veces la palabra recuerdo. (...) La reiteración continua de esta expresión verbal, tiene la finalidad de destacar la palabra que forma el eje del relato. Desde el comienzo del cuento, podemos percibir que el narrador se justifica, aclarando que la única persona que tiene el derecho a pronunciar ese verbo es Funes: “Lo recuerdo (yo no tengo derecho a pronunciar ese verbo sagrado, solo un hombre en la tierra tuvo ese derecho y ese hombre ha muerto...”. (Novais, 2010: 2)

Antes había señalado: “Paradójicamente, el personaje de Funes es construido a través de la memoria falible de otra persona” (Novais, 2010: 2). El cuento produce, entonces, explícitamente esta paradoja y esta oposición. Inmediatamente después de contar el primer encuentro el narrador dice: “Yo soy tan distraído que el diálogo que acabo de referir no me hubiera llamado la atención si no lo hubiera recalcado mi primo (...)” (Borges, 1987: 108-109). Novais señala otras imprecisiones informativas: el narrador no recuerda exactamente el mes del primer encuentro, si marzo o febrero, y tampoco está seguro sobre quién fue el padre de Funes que vivía con su madre planchadora, aunque su desconocimiento basta para señalarlo como hijo bastardo. Lunazzi, por su parte, exponiendo la relación entre escritura y memoria subraya que el propio narrador había expuesto al describir su último encuentro sus procedimientos narrativos y con ellos hacía patente la imposibilidad de un recuerdo pleno e imparcial:

(...) el narrador anuncia que comenzará a describir aquella reunión y, para ello, cambia el tiempo verbal al presente, remitiéndose al momento de la enunciación: “Arribo, ahora, al más difícil punto de mi relato. Este (bueno es que ya lo sepa el lector) no tiene otro argumento que ese diálogo de hace ya medio siglo. No trataré de reproducir sus palabras, irrecuperables ahora. Prefiero resumir con veracidad las muchas cosas que me dijo Ireneo”. De esta manera, el narrador informa cómo será su narración: contará algo que recuerda, que sucedió hace ya cincuenta años. Luego, vuelve al pretérito perfecto simple, se remonta una vez más al encuentro y dice: “Ireneo empezó por enumerar, en latín y en español, los casos de memoria prodigiosa registrados por la *Naturalis historia* (...)”. Es decir que el narrador relatará una historia tamizada por el tiempo, la subjetividad del resumen y los reveses que implica una traducción. No obstante, y a pesar de esto, asegura que resumirá las palabras de Funes con veracidad y no lo hace solamente en este momento, sino que desde el principio del cuento dice que “mi testimonio será acaso el más breve y sin duda el más pobre, pero no el menos imparcial. (Lunazzi, 2010: 3)

Pero en el mismo momento en el que le cuentan al narrador que Funes quedó inválido el texto exhibe el recuerdo ya reelaborándose, ficcionalizándose: “Recuerdo la impresión de incómoda magia que la noticia me produjo: la única vez que yo lo vi, veníamos a caballo de San Francisco y él andaba en un lugar alto; el hecho, en boca de mi primo Bernardo, tenía mucho de sueño elaborado con elementos anteriores” (Borges, 1987: 108-109). En la palabra “magia” se condensa una suerte de dicha “incómoda”, reprimida, que no solo reafirma el desagrado secreto del narrador hacia Funes, sino que representa metafóricamente el mecanismo mismo de ese desagrado.

No es casual que se produzca esa posición espacial en su primer encuentro con Funes: él arriba y el narrador abajo. Pero a su vez, la magia se desata para intercambiar definitivamente las posiciones entre Funes y el narrador: el accidente al llevarlo a una inmovilidad total, le permite terminar de hacer germinar sus ya notables dotes intelectuales:

Me dijo que antes de esa tarde lluviosa en que lo volteó el azulejo, él había sido lo que son todos los cristianos: un ciego, un sordo, un abombado, un desmemoriado. (Traté de recordarle su percepción exacta del tiempo, su memoria de nombres propios; no me hizo caso.) Diecinueve años había vivido como quien sueña: miraba sin ver, oía sin oír, se olvidaba de todo, de casi todo. Al caer, perdió el conocimiento; cuando lo recobró, el presente era casi intolerable de tan rico y tan nítido, y también las memorias más antiguas y más triviales. Poco después averiguó que estaba tullido. El hecho apenas le interesó. Razonó (sintió) que la inmovilidad era un precio mínimo. Ahora su percepción y su memoria eran infalibles. (Borges, 1987: 112-113)

El accidente lo exime de seguir siendo peón, lo aparta del trabajo manual no calificado y le permite dedicarse completamente a percibir, a recordar y, en contra de lo afirmado por el narrador, a pensar. Entre los personajes se devela, entonces, una disimetría que el narrador trata de zanjar minimizando e interpretando las cualidades y sentimientos de Funes. El narrador, como explicó Ciancaglini, desde el principio adelanta sus opiniones, antes de hacer ingresar la voz parafraseada de Funes. Así nos ofrece antes una versión del accidente que construye el marco de inteligibilidad a partir del cual encuadramos y leemos el citado relato de la caída de Funes. El narrador dice:

El 87 volví a Fray Bentos. Pregunté, como es natural, por todos los conocidos y, finalmente, por el “cronométrico Funes”. Me contestaron que lo había volteado un redomón en la estancia de San Francisco, y que había quedado tullido, sin esperanza. (...) Me dijeron que no se movía del catre, puestos los ojos en la higuera del fondo o en una telaraña. En los atardeceres, permitía que lo sacaran a la ventana. Llevaba la soberbia hasta el punto de simular que era benéfico el golpe que lo había fulminado... Dos veces lo vi atrás de la reja, que burdamente recalaba su condición de eterno prisionero: una, inmóvil, con los ojos cerrados; otra, inmóvil también, absorto en la contemplación de un oloroso gajo de santonina. (Borges, 1987: 111-112)

Completamente opuesto a los dichos que parafrasea después de Funes, esta versión del accidente propone una idea del cuerpo como cárcel, rara para un intelectual o un candidato a intelectual que debería tener en su mente y en su pensamiento la posibilidad de libertad dada por la abstracción que le permitiría trascender el aquí y ahora, la materialidad llana. Por otra parte, la acusación de “soberbia” que arroja el narrador sobre Funes en el párrafo siguiente el cuento la denuncia como propia:

No sin alguna vanagloria yo había iniciado en aquel tiempo el estudio metódico del latín. Mi valija incluía el *De viris illustribus* de Lhomond, el *Thesaurus* de Quicherat, los comentarios de Julio César y un volumen impar de la *Naturalis historia* de Plinio, que excedía (y sigue excediendo) mis módicas virtudes de latinista. Todo se propala en un pueblo chico; Ireneo, en su rancho de las

orillas, no tardó en enterarse del arribo de esos libros anómalos. Me dirigió una carta florida y ceremoniosa, en la que recordaba nuestro encuentro, desdichadamente fugaz, “del día 7 de febrero del año 84”, (...) y me solicitaba el préstamo de cualquiera de los volúmenes, acompañado de un diccionario “para la buena inteligencia del texto original, porque todavía ignoro el latín”. Prometía devolverlos en buen estado, casi inmediatamente. (...) Al principio, temí naturalmente una broma. Mis primos me aseguraron que no, que eran cosas de Ireneo. No supe si atribuir a descaro, a ignorancia o a estupidez la idea de que el arduo latín no requería más instrumento que un diccionario; para desengañarlo con plenitud le mandé el *Gradus ad Parnassum* de Quicherat y la obra de Plinio. (Borges, 1987: 110)

Pronto sabremos que Funes, a diferencia del narrador, aprendió latín, además de varios idiomas más. La broma se vuelve, entonces, contra el narrador que escucha entre aterrado e hipnotizado a Ireneo hablarle, al principio del último encuentro, en latín desde la oscuridad.<sup>2</sup> Aquí se ve claramente que Funes, lejos de menospreciarlo, parece haberlo elegido como un posible partener intelectual y esto es, especialmente, lo que parece desatar el enojo del narrador que se siente obligado a competir con él. Ciancaglini lee la escena como “la única confrontación directa, de prueba intelectual, entre los personajes” y explicita:

El narrador había subestimado a Funes (...), pero Funes no resultó descarado, ignorante ni estúpido. El campesino, el compadrito Funes, excede en capacidad al narrador, literato, argentino. La carrera intelectual –planteada implícitamente desde el narrador– queda aquí dictaminada y sienta la base concreta desde donde el narrador alimentará sus rencores. (Ciancaglini, 2010: 5)

Inmediatamente antes del último encuentro el narrador desliza una anécdota que lo pinta de cuerpo entero, trocando la soberbia en una actitud pusilánime, calculadora, que lo muestra más preocupado por su propia imagen social que por su padre:

El 14 de febrero me telegrafiaron de Buenos Aires que volviera inmediatamente, porque mi padre no estaba “nada bien”. Dios me perdone; el prestigio de ser el destinatario de un telegrama urgente, el deseo de comunicar a todo Fray Bentos la contradicción entre la forma negativa de la noticia y el perentorio adverbio, la tentación de dramatizar mi dolor, fingiendo un viril estoicismo, tal vez me distrajeron de toda posibilidad de dolor. (Borges, 1987: 110-111)

El narrador se devela entonces como un soberbio, pusilánime y prejuicioso. Del último encuentro deducirá que Funes tiene una memoria prodigiosa pero no puede pensar. Este dictamen puede ser fácilmente rebatido por las cosas que el narrador mismo recuerda y escribe sobre esa noche. En principio, difícilmente alguien que use el lenguaje no pueda pensar, viva en el puro presente. Y menos alguien que logró aprender varios idiomas. Hablar implica, al igual que escribir, ordenar en la linealidad del tiempo una serie de palabras que son seleccionadas y articuladas para cada enunciación particular. La idea de que Funes solo repite es falsa, en la medida en la que el propio narrador expone la comprensión de Funes sobre el texto en latín: le asombra que casos de memoria prodigiosa admiren a otros.

De hecho, también, puede comparar: “Sabía las formas de las nubes australes del amanecer del 30 de abril de 1882 y podía compararlas en el recuerdo con las vetas de un libro en pasta española que solo había mirado una vez y con las líneas de la espuma que un remo levantó en el Río Negro la víspera de la acción del Quebracho” (Borges, 1987: 113). Nosotros apenas intuimos

---

2 “Atravesé el patio de baldosa, el corredorcito; llegué al segundo patio. Había una parrá; la oscuridad pudo parecerme total. oí de pronto la alta y burlona voz de Ireneo. Esa voz hablaba en latín; esa voz (que venía de la tiniebla) articulaba con moroso deleite un discurso o plegaria o incantación. Resonaron las sílabas romanas en el patio de tierra; mi temor las creía indescifrables, interminables; después, en el enorme diálogo de esa noche, supe que formaban el primer párrafo del capítulo xxiv del libro vii de la *Naturalis historia*. La materia de ese capítulo es la memoria; las palabras últimas fueron *ut nihil non iisdem verbis redderetur auditurn*.” (Borges, 1987: 111)

las formas geométricas, Funes podía percibir como formas las “aborrascadas crines”, el fuego cambiante y la infinita ceniza. Incluso el narrador admite: “No sé cuántas estrellas veía en el cielo” (Borges, 1987: 114). Pero apenas termina de explicar y describir la nueva condición de Funes empieza a mostrar que estas cualidades admirables, claramente superiores a las de cualquier mortal, son inútiles, inservibles, banales. Para eso el narrador esgrime como argumento el intento de Funes por inventar un sistema de numeración y un idioma imposibles. En ambos casos el problema es el mismo: si el sistema de numeración y la lengua tienden a producir reglas combinatorias para que se pueda sistematizar lo infinito desde mentes finitas, como las nuestras, Funes intenta simplificaciones adecuadas a su propia racionalidad extensa, proponiendo un objeto o palabra para cada número y una palabra para cada cosa individual, método que termina descartando “por parecerle demasiado general, demasiado ambiguo”.

Esta declaración deja en evidencia que la sistematización resulta necesaria para formular un sistema de numeración o un lenguaje para una mente limitada, como la nuestra, como la del narrador, pero no para la de Funes: ¿qué ganaría alguien que lo recuerda todo con haberlo visto una sola vez con la comodidad de la abstracción? Finalmente, el narrador también comenta maliciosamente un intento de Funes por reducir cada uno de sus días pasados a unos setenta mil recuerdos que después traduciría en cifras. Este proyecto es descartado por el propio Funes porque entiende que la tarea era interminable e inútil. Pero aquí se ve nuevamente que Funes, le guste al narrador o no, piensa, ordena, clasifica, selecciona, elige. De hecho, para Funes estos tres proyectos son modos de simplificación, *su* modo de simplificación. Ciancaglini dirá “Se lee entonces una premisa básica: el lenguaje de Funes es imposible por individual” (Ciancaglini, 2010: 4).

El narrador se compara con Funes y en esa comparación establece lazos de simetría que destruyen la singularidad de esa mente colosal<sup>3</sup> e inmediatamente traduce toda diferencia como error, falta, incapacidad. No advierte entonces que Funes ha superado al hombre allí donde se origina la posibilidad misma de la razón: la separación cuerpo-mente, materia-concepto. Dentro de él estas funciones se han vuelto a asociar para producir, claramente, una percepción más rica y permanente, al punto de volver caduca la idea misma de la escritura: “Esos recuerdos no eran simples; cada imagen visual estaba ligada a sensaciones musculares, térmicas, etcétera” (Borges, 1987: 113). Se ha vuelto, efectivamente desde esta perspectiva, un “superhombre”. Ciancaglini nos recuerda una acertada cita de Nietzsche, filosofía con la que describe Ipuche a Funes, otorgándonos una clave general del texto:

Se han elaborado trabajos que asocian la obra a escritos de Nietzsche, y los resultados sorprenden: en *De la utilidad y de los inconvenientes de los estudios históricos para la vida*, el alemán escribe: “Imaginemos a un hombre que estuviera absolutamente desprovisto de la facultad de olvidar y que estuviera condenado a ver en todas las cosas el devenir”; “Un hombre que pretendiera sentir de una manera puramente histórica se parecería a alguien a quien se obligase a no dormir”. Apoya esta hipótesis la frase de Funes: “*Mis sueños son como la vigilia de ustedes*”, y otras alusiones a la dicotomía sueño-realidad. (Ciancaglini, 2010: 4)

Funes no necesita abstraer, no necesita simplificar, no necesita olvidar: “En efecto, Funes no solo recordaba cada hoja de cada árbol de cada monte, sino cada una de las veces que la había percibido o imaginado” (Borges, 1987: 115). Funes no es, como quiere el narrador, un hombre

---

3 “En lugar de siete mil trece, decía (por ejemplo) *Máximo Pérez*; en lugar de siete mil catorce, *El Ferrocarril*; (. . .) Cada palabra tenía un signo particular, una especie de marca; las últimas eran muy complicadas... Yo traté de explicarle que esa rapsodia de voces inconexas era precisamente lo contrario de un sistema de numeración. Le dije que decir 365 era decir tres centenas, seis decenas, cinco unidades: análisis que no existe en los ‘números’ *El Negro Timoteo o manta de carne*. Funes no me entendió o no quiso entenderme.” (Borges, 1987: 114-115). Es de señalar que esas marcas particulares se volvía “complicadas” para el narrador que adjudica la complicación no a su propia limitación sino que las expone como algo objetivo, algo del mundo: “las últimas eran muy complicadas”.

preso en el pasado o sometido a la permanente inmediatez del presente, que es otro modo de negar su racionalidad y acercarlo a lo animal. Funes está fuera de esa escala, fuera del tiempo tal como lo podemos percibir nosotros, es el hombre del devenir:

Su propia cara en el espejo, sus propias manos, lo sorprendían cada vez. Refiere Swift que el emperador de Lilliput discernía el movimiento del minuterero; Funes discernía continuamente los tranquilos avances de la corrupción, de las caries, de la fatiga. Notaba los progresos de la muerte, de la humedad. Era el solitario y lúcido espectador de un mundo multiforme, instantáneo y casi intolerablemente preciso. (Borges, 1987: 115-116)

De esta manera, eso que el narrador presenta como una disminución, un problema, “era casi incapaz de ideas generales, platónicas”, debería ser considerada, como marca Ipuche, una superación. El narrador hacia el final vuelve a valorar desde su propia perspectiva la narración de Funes para dictaminar en él un peso intolerable, una realidad infatigable, sentenciando, una vez más, una infelicidad que Funes nunca enunció pero que él maliciosamente se empeña en señalar:

Babilonia, Londres y Nueva York han abrumado con feroz esplendor la imaginación de los hombres; nadie, en sus torres populosas o en sus avenidas urgentes, ha sentido el calor y la presión de una realidad tan infatigable como la que día y noche convergía sobre el infeliz Ireneo, en su pobre arrabal sudamericano. Le era muy difícil dormir. Dormir es distraerse del mundo; Funes, de espaldas en el catre, en la sombra, se figuraba cada grieta y cada moldura de las casas precisas que lo rodeaban. (Repito que el menos importante de sus recuerdos era más minucioso y más vivo que nuestra percepción de un goce físico o de un tormento físico.) Hacia el Este, en un trecho no amanzanado, había casas nuevas, desconocidas. Funes las imaginaba negras, compactas, hechas de tiniebla homogénea; en esa dirección volvía la cara para dormir. También solía imaginarse en el fondo del río, mecido y anulado por la corriente. (Borges, 1987: 116)

Ana María Barrenechea en su artículo “Texto, identidad, memoria y sueño” es una de las pocas críticas que no se deja llevar por las evaluaciones del narrador, sino por la felicidad que Funes declara al despertarse del accidente:

Es verdad que el Funes de Borges rechazaba dormir para no distraerse del mundo y solo anhelaba ser el testigo constante del universo para registrar todos sus detalles, todos sus matices, todas sus posibles versiones (...) Por su incapacidad para las ideas platónicas y las generalizaciones del pensamiento, con un grotesco sistema de numeración de infinitos símbolos particulares (a lo que se agrega la comicidad de los nombres elegidos y la motivación ridículamente localista que la impulsa), o con el insensato catálogo de recuerdos, su creador aplaca burlonamente el entusiasmo que podría despertar el haber alcanzado *una de las intuiciones angélicas del universo* (Barrenechea, 2003: 124) (La cursiva es mía).

Barrenechea sostiene que este personaje supera la idea del insomnio que Borges propone en el prólogo. Probablemente esto sea simplemente una pista para ligar este cuento a la idea de experiencia histórica que propone Nietzsche. Alguien que verdaderamente puede vivir en la historia y no en el relato de la historia, en el relato de la historia que siempre nos llega desde otras voces, otras perspectivas, y que nosotros adoptamos como ciertas, objetivas, fiables. Funes logró a partir del accidente despertarse de ese sueño y sacudirse esa ceguera. Borges con esta compleja y divertida trama parece querer advertirnos sobre el modo en el que vivimos y aceptamos lo dado sin discutirlo. Una vez más nos provoca, nos deja pistas y nos llama la atención sobre quiénes y cómo se construye y se construyó el conocimiento social que llamamos cultura. Ciancaglini concluye:

La historia de Funes –al menos esta entre las otras tantas de la antología– es la historia del recuerdo del narrador sobre Funes, lo que es igual a la vida del propio Ireneo. Las diferencias que separan a los personajes – que son igualmente protagonistas– son de clase, de país y de memoria. Recordemos también que el relato transcurre a fines de 1800. Es probable que Funes el memorioso haya nacido a partir de las lecturas de Nietzsche, aunque su alcance polémico trasciende los dichos del alemán: Borges cuestiona un género, la Historia, y un tiempo, el de fines de 1800, tierra escindida entre compadritos e intelectuales. El narrador polémico del cuento representará esa tradición; Funes, en cambio, la excepción del compadrito, o al menos, del ideal del compadrito del narrador, de aquel 1800, de ahora. (Ciancaglini, 2010: 6).

Sofía Lunazzi, Franco Ciancaglini y Valeria Novais son tres estudiantes de mi última comisión de Teoría y Análisis Literario C. Estos son tres de los trabajos que presentaron este año para una primera evaluación. Me parecía importante traer sus reflexiones a este congreso, por un lado, para rendirle homenaje a todos mis alumnos que durante estos años han sido la interpelación y el estímulo más fuerte de mi trabajo intelectual, rol y espacio que los estudiantes desconocen y que los docentes tendemos a olvidar; por el otro, aprovechando que participamos profesores, becarios, estudiantes y otras personas interesadas en la literatura, quería tomar este sugestivo texto de Borges y estas valiosas críticas para reflexionar sobre el problema de la construcción del conocimiento en el presente, en este año del Bicentenario, e invitarlos, así, a pensar no solo qué universidad tenemos sino qué universidad queremos y, en relación con eso, qué país y qué mundo estamos construyendo y cuál querríamos construir.

Es notable cómo olvidamos rápidamente, especialmente nosotros, los docentes, lo que significa el ámbito de la educación pública. El concepto de educación pública surge con la Revolución Francesa para crear ciudadanos, para crear igualdad intentado edificar las mismas oportunidades para todos. Aún así, los docentes nos constituimos irreflexivamente en los guardianes del status quo, mediante evaluaciones que miden, en definitiva, cuánto el alumno entendió y repitió de lo que nosotros mismos entendimos y repetimos. ¿Cuál es, sino, la función del examen y la evaluación? Así es cómo el conocimiento se sigue creando, como a finales del siglo XIX, de arriba hacia abajo. Incluso en carreras como la nuestra que se prestarían mucho más fácilmente a discusiones horizontales, donde los alumnos podrían tener el espacio para aportar y discutir con los docentes que no deberíamos ser más que organizadores y estimuladores del debate poniendo en juego nuestros saberes.

Walter Benjamin escribió en la década de 1910 un texto llamado “Experiencia”. En él muestra cómo el discurso que se esgrime sobre y hacia los jóvenes es de permanente burla e inferiorización y tiene como meta y efecto obligarlos a adoptar, irreflexivamente, el orden dado. Este joven Benjamin nos recuerda, entonces, que el lugar de la juventud en una sociedad es el de evaluación de los valores y resultados de la generación anterior para construir, desde esta reflexión, valores nuevos, transformadores de las condiciones del presente. La educación, en tanto transmisión de conocimiento, fue una de las preocupaciones centrales de Benjamin que consideró clave la necesidad de construir una pedagogía materialista.

Susan Buck-Morss en su libro *Dialéctica de la mirada*, completamente dedicado a su obra, nos recuerda que Benjamin alertaba sobre que el modo de desactivar los conocimientos revolucionarios dentro de la sociedad burguesa se relaciona específicamente con la manera en la que los saberes se construyen y circulan como mercancías para ser poseídas y vendidas, pero no experimentadas. Ningún discurso por revolucionario que fuera podía entonces tener la fuerza suficiente para producir el cambio si no se reflexionaba sobre el circuito de transmisión y producción de conocimientos.

Por eso, esta ponencia quiere ser una invitación a esta reflexión ya que nosotros, a pesar de haber leído infinitas críticas a las instituciones, como las de Michel Foucault y Gilles Deleuze,

solo por nombrar dos teóricos muy en boga en esta carrera, que denuncian particularmente la idea de examen, juicio y jerarquía, seguimos sosteniendo y reforzando con nuestros cuerpos y cada uno de nuestros actos estos lugares perimidos. Deleuze nos recuerda la necesidad política de devenir menor ya que la única posibilidad de horizontalizar es de arriba hacia abajo: los docentes que históricamente detentamos el poder en el aula deberíamos reflexionar y garantizar las posibilidades para que se generen nuevas prácticas.

## Bibliografía

- Barrenechea, Ana María. 2003. "Texto, identidad, memoria y sueño" en Barrenechea, Ana María (comp.). *Archivos de la memoria*. Rosario, Beatriz Viterbo.
- Benjamin, Walter. 1995. "Experiencia" en *Metafísica de la juventud*. Barcelona, Altaya.
- Borges, Jorge Luis. 1987. "Funes el memorioso" en *Ficciones*. Buenos Aires, Emecé.
- Ciancaglini, Franco. 2010. "Contradicciones, límites y tensiones entre Historia y opinión: la construcción de los personajes como herramienta para disparar percepciones". Mimeo.
- Deleuze, Gilles y Guatari, Félix. 2002. *Mil mesetas*. Valencia, Pre-textos.
- Lunazzi, Sofía. 2010. "'Funes el memorioso': el recuerdo como recorte de la realidad". Mimeo.
- Novais, Valeria. 2010. "La memoria: verdad y representación". Mimeo.
- Buck-Morss, Susan. 1989. *Dialéctica de la mirada*. Madrid, Visor.

**CV**

ILONA C. ACZEL ES PROFESORA DE LA CÁTEDRA DE TEORÍA Y ANÁLISIS LITERARIO C DE LA CARRERA DE LETRAS DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS (UBA). ES BECARIA DE DOCTORADO (UBA). INVESTIGADORA Y ACTIVISTA EN EL ÁREA QUEER DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS (UBA).